

—Sí —respondió apaciblemente la monja.

—¿No cree, madre, que sería mejor ayudarlos a vivir dignamente?

—¿Acaso morir en gracia de Dios es algo malo? —lanzó como contrapregunta la religiosa algo dolida por la consulta.

—¿No es mejor vivir dignamente que morir dignamente? —insistió la periodista.

—Nosotros no hemos creado estos lugares para humillarlos. Ayudamos a las personas a morir con dignidad, con respeto. Los ayudamos a morir bajo un techo, con amor, porque son gente que no tiene nada, ni a nadie. En vez de dejarlos morir en la calle, solos, les damos techo, amor y los tenemos como hijos de Dios.

—Pero, ¿no encuentra más importante ayudarlos a vivir? —volvió a la carga Raquel Correa.

—Lo más importante para cualquier vida humana es morir en paz con Dios —le dijo como idea final.

Mientras el aguacero golpeaba las fonolas de una humilde población, Raquel Correa quedó marcada por una charla que tituló «La madre de los más pobres».

Nadie, ninguno de los personajes con los que se topó durante su extensa trayectoria profesional, se acercó a quien la periodista definió alguna vez, al recordar ese encuentro, como la «monja bendita».

12

¿Y EL AMIGO PAUL?

Pese a no haber construido relaciones de amistad profunda con sus entrevistados, la periodista sí estableció vínculos de mayor cercanía con algunos de ellos. Quizás el único momento de mayor intimidad que tuvo con algún personaje del mundo político en toda su carrera profesional fue cuando aceptó la invitación para asistir al matrimonio de una hija de Andrés Zaldívar.

Se trató de una excepción para una reportera que cuando redactaba alguna pregunta que sabía incómoda para alguno de esos personajes con los cuales sentía mayor afinidad, solía tranquilizarse al recurrir a un pensamiento-ayuda que la acompañó durante toda su trayectoria profesional: «Lástima, pero ya no soy dueña de la pregunta ni de la respuesta».

Por supuesto, hubo casos en los cuales el vínculo con sus entrevistados se vio seriamente resentido. O, más bien, con los parientes de los personajes que no lograban entender que, pese a la afinidad, la periodista estuviera juramentada en ser dura con el que se le cruzara por delante de la grabadora.

Una de estas situaciones sucedió con el Presidente Patri-
cio Aylwin.

El asunto, además, tenía especial relevancia, puesto que «Don Patricio» —como ella lo suele nombrar casi de manera reverencial— fue el político con el que Raquel logró el mayor grado de cercanía y estima.

Más que una relación entrevistadora-entrevistado, se trató de un vínculo casi filial.

Ella lo estimaba y viceversa. Un cariño que quedó en evidencia cuando Aylwin fue a entregarle personalmente el pésame a la iglesia tras la muerte de Eduardo Amenábar.

Como sea, en una de las últimas entrevistas que le hizo al ex Presidente DC, la periodista descargó, como de costumbre, su artillería pesada.

Luego de publicada la conversación, la redactora recibió una llamada. Entonces, una voz molesta apareció desde el otro lado de la línea.

—Raquel, no me explico que no haya cuidado a mi papá —le dijo una sentida y enojada Mariana Aylwin, hija del ex Jefe de Estado.

—Yo no soy la niñera de mis entrevistados —le aclaró firme la periodista antes de que la conversación terminara abruptamente tras ese breve intercambio de fuego cruzado.

Raquel Correa también mantuvo una relación cercana con Jaime Guzmán.

Ella admiraba en él la posibilidad de enfrentar a un representante político del ideario del gobierno militar que no eludía preguntas.

Quizás las únicas consultas que esquivó el asesinado dirigente de la UDI a la reportera fueron las que ésta le hizo para escudriñar y revelar su mundo más personal e íntimo. Sin embargo, no consiguió mucho, puesto que Guzmán, si es que ella le preguntaba si alguna vez se había enamorado, respondía con un silencio más el agregado de un rostro sonrojado.

Raquel Correa y Jaime Guzmán solían conversar en el departamento del UDI. En la residencia, la periodista sabía bien hasta qué puesto debía ocupar en la mesa del comedor.

Ambos tenían extensas charlas, siempre agasajados con algún plato de comida casera preparada por las hábiles manos de Violeta, la eterna nana de Guzmán.

En cambio, con otro UDI, el senador Juan Antonio Coloma, las cosas habían comenzado mal. Fue cuando el entonces muchacho apenas empezaba a pavimentar su ascendente carrera al interior de la colectividad. En esos primeros pasos de un neófito Coloma, Raquel lo entrevistó.

Esa vez no tenía grabadora, así es que un *block* de apuntes y un lápiz pasta se encargaron de registrar la conversación.

Coloma, impetuoso, comenzó a reafirmar una y otra vez un concepto que deseaba que se destacara en la entrevista.

Insistió e insistió hasta que tuvo la osadía de asomarse a los apuntes que tomaba la periodista para comprobar que, efectivamente, había anotado la idea.

Ella, furiosa, le mostró la hoja y con el bolígrafo comenzó a subrayar una y otra vez el concepto en el que Coloma tanto había cateteado.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —le dijo ella casi en un grito furioso mientras el lápiz traspasaba el papel de notas.

Jaime Guzmán, al conocer el encontrón, intervino e hizo el papel de improvisado «mediador» para intentar abuenarlos. Lo logró, pero el fastidio de la periodista con Juan Antonio Coloma duró un buen tiempo.

El otro momento de cólera de la periodista con algún entrevistado fue con Sebastián Piñera, cuando el hoy Presidente estaba a la cabeza de Renovación Nacional.

La conversación transcurría de manera normal hasta que ella notó que, en un momento de la charla, el empresario comenzó a hacer algunos apuntes en una hoja.

No era extraño: quienes han tenido la posibilidad de entrevistar al Presidente saben bien que una de sus costumbres es anotar distintas ideas-fuerza para profundizar y remarcar durante la conversación.

Entonces, intrigada, Raquel Correa le preguntó qué ideas eran las que escribía.

—No, nada. Es de otra cosa. No tiene que ver con la entrevista —le dijo él con displicencia.

Pocas veces el rostro de la periodista se ha desfigurado tanto. De sus ojos no emergía rabia, sino que eran chispas las que expulsaba en señal de enfado.

—¿Pero cómo es posible Sebastián?! —le espetó ella.

Ahí Piñera se dio cuenta de la ira de la periodista.

Entonces, intentó apaciguar el momento con algunas frases que, más que disculparlo, hicieron hervir aún más a Raquel Correa.

—¿Pero cómo se molestan estas *vedettes*! —le dijo el RN en tono risueño.

Ella, sin embargo, lo paró en seco.

—Por favor, ¿me puede contestar lo que le estoy preguntando? —respondió ella en tono serio y distante.

Años después se volvería a encontrar con Piñera —uno de los personajes que más ha entrevistado en su carrera—, justo pocos días antes de asumir la presidencia.

Lo retrató así: «En su enorme casa de Las Condes, con fuerte protección policial, Piñera se toma una hora para recibirnos. Sus tics, que se esforzó por corregir en la campaña, han vuelto. Mueve el cuello, se tironea la camisa de mangas demasiado largas. ‘Me gusta la ropa grande. Así me siento más suelto’, explica haciendo caso omiso a que tiene dos tallas: una, cintura arriba y otra, cintura abajo. ‘Nunca he ido al sastre’, afirma él, que podría tener todos los sastres que se le antojaran».

Pese a todo el historial de entrevistas en su extensa trayectoria y a que el encontronazo con Piñera la desencajó, la situación más incómoda y molesta que enfrentó Raquel Correa fue en la parte final de su carrera con la entrevista que apareció publicada en *El Mercurio* el domingo 20 de marzo de 2005.

El entrevistado era el senador Hernán Larraín. El político de la UDI había dejado su cargo como presidente de la Cámara Alta y la idea de la conversación tenía como excusa echar un vistazo a lo que había sido su gestión al frente de la corporación.

Como suele suceder en este tipo de entrevistas más bien intrascendentes, era una oportunidad para que el político se luciera en un diálogo «amable», sin demasiado fuego enemigo que esquivar.

Pero el personero se llevó una sorpresa grande cuando esa mañana de domingo abrió las páginas del «Cuerpo D».

El título dejaba claro que, de amistosa, la conversación tenía poco: «Jamás he sido amigo de Paul Schaefer».

En realidad, el interrogatorio poco tuvo que ver con los logros que el dirigente UDI quería exponer y lo colocaba en una situación especialmente incómoda al aparecer haciendo fintas a la crítica que, durante largo tiempo, se le ha hecho por la cercanía que supuestamente mantuvo con el mandamás de Colonia Dignidad.

—Senador, ¿ha ido a visitar a su amigo Paul Schaefer? —le preguntó la periodista ante la sorpresa e incomodidad del senador.

—Me parece ofensiva su pregunta. ¿Por qué me dice que soy amigo...? —contrapreguntó Larraín.

—¿No fue amigo de él?

—¡Nunca! Prácticamente no he tenido contacto con Schaefer jamás en mi vida. Ha habido una campaña de

desinformación y de confusión de la opinión pública que llega hasta que personas responsables como usted puedan preguntar eso... Entiendo que es una manera provocativa de levantar el tema —le dijo el UDI.

Hernán Larraín —que en 1986 había sido editor del «Cuerpo de Reportajes»— envió posteriormente una dura carta al director donde acusaba la falta de ética con que se había manejado la entrevista y su presentación a los lectores.

Escribió el senador en una misiva que apareció dos días después de la publicación de la entrevista: «Me preocupa advertir el afán de la periodista de asociarme con un personaje justamente detestado por la opinión pública, a sabiendas que no existe nexos alguno y no obstante todo mi respaldo para que la autoridad competente lo pusiera en manos de la justicia. Es especialmente injurioso que me pregunte por 'mi amigo', en circunstancia que Raquel Correa sabe que ello es falso, que jamás nadie lo ha dicho o pensado siquiera, y sin embargo el afán por lo noticioso y chocante es superior y se convierte en el único norte de la entrevista. No parece importar el desprestigio y la deshonra que esta acción produce, y que deja al afectado en la indefensión, cualquiera sea la respuesta. ¿Es ésta una expresión periodística seria? Lo anterior llega al paroxismo al titularse esta entrevista en torno a esta supuesta 'amistad', dándole al reportaje, en el contexto de las bajadas, la foto y el tono de interrogatorio con que se presenta el cuestionario, un sello sesgado y negativo. Me resulta inexplicable lo anterior en una periodista de tanta trayectoria».

Raquel Correa se sorprendió. No entendía la razón del enojo del senador ya que se había encargado de advertirle, al final de la entrevista, que la pregunta de Schaefer la había hecho, precisamente, para titular con la respuesta que él había dado.

Por eso, la periodista apenas demoró 24 horas en contestar con otra misiva en la misma sección de «Cartas al Director».

En la parte final de su respuesta al legislador, anotó: «Mis preguntas apuntaron, precisamente, a aclarar la verdad, en forma directa y franca, sin sesgo ni espíritu negativo e infundado, tampoco con el afán de agraviarlo, como él me supone».

El malestar alcanzó, por cierto, a la mujer del senador, Magdalena Matte. Tiempo después la reportera se encontró con la pareja en el matrimonio de una de las hijas de la periodista Pilar Molina.

Ahí, cuando el sacerdote invitó a darse la paz, Raquel Correa suspiró hondo, cruzó el pasillo de la iglesia y saludó a Larraín y Matte.

—La paz —les dijo a ambos mientras estiraba su mano derecha.

En la decisión pudo haber sido determinante que justo en esa época la periodista se había reencontrado con la fe.

De alguna manera, esos dos apretones de manos habían sido una trabajada muestra de humildad, aunque no de olvido, para cerrar el momento más amargo en la carrera profesional de Raquel Correa.